

ENSAYO SOBRE MÍ MISMO¹

Ernesto Giménez Caballero

Me llamo Ernesto Giménez Caballero. He nacido en Madrid el 2 de agosto de 1899, Calle del Duque de Rivas, No. 7. Esta calle pertenece al Madrid más popular y provincial. Mi abuelo paterno tenía negocios de frutas y de caza en el Mercado de la Cebada: el más nacional de España. Este abuelo me dio desde niño un ambiente de toreros, gitanos, mujerío de rumbo. Y un fuerte sentido territorial. Era propietario de tierras en la región de Toledo, de donde éramos oriundos. Mi infancia pasó en gran parte enraizada en esta noble y antigua tierra toledana, jugando a los toros, a las cacerías, y asistiendo a fiestas religiosas y populares inolvidables.

Por parte de mis abuelos maternos adquirí un instinto contrario: el contemplativo. Mi abuelo era músico. A mi abuela le gustaba mucho leer. Mi madre —pues— ha significado para mí un elemento de inquietud, de antintelectualidad, de acción y dogmatismo: de carácter. Mi padre —no obstante ser un magnífico negociante— me ha dado la parte suave, sentimental, tranquila de mi ser. Mi padre empezó su vida como trabajador a los diez años. Cuando nací yo era un modesto oficinista. Hoy es uno de los primeros industriales de España en la fabricación y distribución de papel. Tengo la desgracia de compartir poco sus creaciones y de tener que vivir demasiado de mi trabajo literario. Con angustia veo una gran carrera industrial que se me frustra por incapacidad de acción. Pero la ironía de destino hace que esta incapacidad no sea absoluta y que yo sienta un constante prurito activo de organizar y construir. Sólo que mis construcciones, en vez ya de abordar el plano de lo material, se han trasvertido a otro que no me atrevo llamar superior pero sí desinteresado. De ahí

¹ Este ensayo de autopropaganda se publicó en la revista norteamericana *Books Abroad*, vol. 5, núm. 1, en enero de 1931, págs. 2 y 6-8.

se explica el perfil que yo creo haber ido adquiriendo en el panorama intelectual español. El de un empresario o contratista de asuntos poéticos. O el de un poeta metido a empresas.

El ansia de expansión hispánica —en mí siempre constante— me llevó a los 20 años de profesor de español a la Universidad de Estrasburgo en el Rin. Tuve que interrumpir mis cursos para regresar a España como soldado y acudir a la última guerra colonial restada a mi país: Marruecos. En Marruecos casi dos años. Repatriado, edité en la imprenta de mi padre —compuesto por mis manos para que me resultara más barato— mi primer libro: *Notas marruecas de un soldado*, 1923. Escrito en campamentos, hospitales, oficinas militares, tuvo un éxito fulminante. A los quince días yo estaba procesado militarmente y la edición agotada. Pasé unos ocho meses encartado. Y cuando el golpe de Estado de Primo de Rivera (13 de septiembre) me escapé a Francia. Regresé. Y el Consejo de Guerra me absolvió. Este primer libro mío es inencontrable. Yo sólo poseo un ejemplar.

Libre y alegre retorné a Estrasburgo a mi vida interrumpida. Acudí a esta ciudad renana embriagado de germanismo y de misticismo ario. Era la época en que las corrientes “europeístas”, encarecidas por Joaquín Costa y por Unamuno habían adquirido en mi país una fiebre casi grotesca. El novelista Baroja despreciaba todo lo que fuese latino y mediterráneo. Azorín interpretaba los clásicos españoles a través de una sensibilidad francesa. Nuestra filología, filosofía, derecho, medicina, acudía a lo alemán como los cruzados a tierra santa. La salvación española de tres siglos de decadencia sólo se veía en la asimilación de lo “europeo”. Nadie sabía bien lo que era lo “europeo”. La duda se resolvía aprendiendo furiosamente alemán, inglés; propagando el culto de la cerveza e incubando una especie nacional llamada “minoría selecta encargada de resolver a base de traducciones y a distancia de la masa general española los problemas generales de la patria”. Inútil es decir que toda mi ilusión en Estrasburgo fue la de adquirir un temple ario, acostumbrarme a la cerveza, disimular unos lunares que podían dar a mi cara melanismo mediterráneo, y pertenecer a la casta minoritaria que decían gobernaría a España en seguida. En estas circunstancias yo tenía de lo latino y mediterráneo una idea imponente. Sólo recordaba unos baños en Alicante cuando era niño y aquel recuerdo sudoroso daba fuerza a mi partido ario y rubio. De pronto me sentí un día fuera de mí. Era una italiana mezclada de rusa. No tenía nada que ver con la tesis de mis maestros patrios. No tuve tiempo de consultarlos. Sentí el dulce escalofrío de la heterodoxia y me casé radicalmente enamorado. Mi mujer tenía el pelo rubio y los ojos azules. Era una transacción. Pero su espíritu y su hablar me traían descubrimientos superiores a las teorías de Gobineau y de Baroja. Yo escribí una novela titulada *El Fermento*. Allí cuento estas cosas. Pero como libro profundo y querido probablemente no lo terminaré nunca de publicar.

Cuando me instalé en Madrid recién casado, estaba lleno de reservas frente a mis mayores. Empecé a dedicarme intensamente al periodismo. Escribía en *El Sol*, periódico liberal, órgano de las minorías selectas españolas. Con todo su liberalismo y cortesía europea le encontré en seguida una estrechez que sólo más tarde me podría explicar. Mi experiencia de profesor fuera de España me había excitado mi ansia ecuménica. Quise fundar un periódico que abarcara la actividad intelectual de lo hispano en todas sus consecuencias. El 1 de enero de 1927 salía *La Gaceta Literaria*. Va para cinco años que ha ido cumpliendo los postulados que impuse por base: atención a las literaturas peninsulares no castellanas. Movimiento hispanoamericano. Corrientes internacionales. Acercamiento de lo sefardí. Creación de una generación joven española. En efecto: las Exposiciones del Libro Catalán, Portugués, Americano, Alemán, organizadas por *La Gaceta Literaria*, dan idea de ello. El Pleito del *Meridiano* con Buenos Aires. Mi viaje por toda Europa invitado por diez y seis universidades para conferencias. Y la aparición de toda esta generación española llamada “vanguardista”, cuyos orígenes y desenvolvimiento merecen una extensión aparte.

Entretanto había dado dos libros nuevos: *Carteles* (1927, Espasa-Calpe) y *Los toros, las castañuelos y la Virgen* (1927, Caro Raggio). *Carteles* era un libro grande, con pretensión de crear un nuevo género de crítica literaria: el cartel, síntesis literaria que me condujo hasta el grafismo. En efecto: en Barcelona inauguré una Exposición de Carteles Literarios que fue adquirida como la de un pintor. *Los toros* era una trilogía de resucitamientos hispánicos. Al año siguiente publiqué otros dos libros: *Julepe de menta* y *Yo, inspector de alcantarillas*. Este último libro de relatos superrealistas es mi preferido. En 1929 di mi *Hércules jugando a los dados*, ensayos sobre el deporte, el arte nuevo y la nueva política. Finalmente en 1930 apareció mi *Circuito imperial*. Ahora está en prensa *Trabalenguas sobre España*, que es un libro donde alternan cinco idiomas, muy útil para el extranjero. También estoy terminando una edición sobre *El teatro de Juan del Encina* y la relación de mi reciente viaje al Próximo Oriente para visitar en nombre de mi país los antiguos judíos españoles allí desterrados desde hace cinco siglos, y acerca de los cuales me ha aprobado el Gobierno un plan de aproximación.

Mis actividades en *La Gaceta Literaria* no se han limitado a su simple edición. No sólo he buscado el organizar exposiciones, subastas, conferencias, banquetes, en torno al Libro y a los escritores; no sólo he fundado una biblioteca de cuadernos de *La Gaceta* que lleva ya siete libros publicados, sino que ensanché a otros campos de fundación artística su labor. Así, el establecimiento de La Galería en Madrid, salón de arte nuevo y arte popular de España. Y sobre todo, la fundación del Cineclub

Español, organismo que ha introducido en España el cinema especializado. Ahora este organismo lo he ampliado a otro más vasto y nacional: el Cinema Educativo en el que participa el Estado.

Mi experiencia de diez años de vida activa intelectual me ha dado la convicción de que mi país no puede pertenecer al rango centroeuropeo que pretendían las generaciones anteriores. Lo cual no es precisamente una desgracia. España tiene un destino y su ser, y no se puede jugar a mixtificarlos. Las líneas de contacto español-históricas, profundas, serán siempre las que van desde Madrid a Lisboa, Barcelona, Roma, Constantinopla. Y más allá del Atlántico: desde Méjico hasta Patagonia. Todo lo demás es el enemigo. Aun cuando por el momento nuestro peor enemigo se halle dentro de estas líneas. España lleva muchas centurias de negarse a sí misma, de envenenamiento moral. Yo no vacilaría —si en mis manos estuviese— para limpiarla de envenenados, en acudir a todos los medios: a todas las gloriosas violencias de España, cuando España era fuerte y noble y no necesitaba hipertrofiar su virilidad en las corridas de toros. Las corridas de toros es el invento burgués, plebeyo y liberal de la España del siglo XIX, de la fracasada.—*Madrid.*

